

Nº 508  
29  
Septiembre  
2021  
Miércoles



## Otto, el peluquero de Hitler

Juan Van-Halen (*El Debate de hoy*)

**E**sta historia, además de lo vivido, contiene alguna reflexión intemporal. Agonizaban los sesenta y conocí al tipo ya viejo. Vivía en una buhardilla no lejos de la Opera en aquella Viena que para mí entonces era poco más que el Danubio azul, la catedral de San Esteban, los palacios con Sissi al fondo y la música de *El tercer hombre*. Se llamaba Otto y me pidió que olvidara su apellido; huía de la publicidad. No figuró en el reportaje pero no lo olvidé: Koch. Tenía el pelo escaso y blanco, el rostro con mentón austriaco, los ojos claros de mirada viva y cojeaba de la pierna izquierda: «un viejo recuerdo», me dijo. Le visité en su buhardilla. Me ofreció una cerveza como aderezo de su oceánica conversación. Conocí a aquel hombre por casualidad cuando buscaba tema para un reportaje. Él era el reportaje. Había sido peluquero de Adolfo Hitler durante parte de la guerra y por aquellos días míos, vieneses y aburridos, decidió contar algunos recuerdos. Un amigo suyo fue indiscreto. Pronto le buscarían los colegas. Yo lo encontré primero y de los colegas hizo poco caso.

Otto parecía asumir su suerte, su papel de figurante en el teatro de la Historia. No le fue mal porque cayó en manos de los americanos. «Si en Berlín me entrego a los rusos no podría contarlo», aseguraba. Hitler, según él, padecía del estómago y no aguantaba el dolor; era irascible, maniático y frío, sólo



atento con los perros, los niños y las mujeres, por ese orden, pero insufrible para sus subordinados y, sobre todo, para sus sirvientes. Presumía de haber sido la excepción. Entró al servicio de Hitler porque, encuadrado en el Estado Mayor de la Wehrmacht, un día el peluquero del Führer ca-

yó enfermo. Le llamaron a él. Hitler era estricto en sus horarios y cada día a las siete en punto debía ser rasurado. Le gustó el servicio y le reclamó a su lado. Le pregunté, claro, sobre el bigotito tan característico. Me contó que una

vez a cierto antecesor suyo se le fue la navaja y dañó el bigote de Hitler; el fallo coincidió con la tristemente célebre Noche de los Cuchillos Largos y no pasó de ella.

El relato de Otto era un aluvión de anécdotas que no excluían el enredo erótico. Vivió de cerca el lío de Goebbels con la actriz checa Lida Barova que tanto enfureció a Hitler; la relación de éste con Eva Braun, un secreto a voces desde 1932; oyó hablar del surrealista plan del fascista español Ernesto Giménez Caballero de casar a Hitler con Pilar Primo de Rivera que el escritor acabaría contando muchos años después en una edición de su *Genio de España*, y sorprendió en alguna situación comprometida a la cineasta Leni Riefenstahl



y al fotógrafo oficial Heinrich Hoffmann. Llegó a afeitar a algunos dictadorcillos de la corte de su jefe, como el croata Ante Pavelic y el rumano Ion Antonescu, disciplinados visitantes de la Guarida del Lobo. Sobre Hitler retenía más momentos difíciles que placenteros. Otto recordaba especialmente las horas que sucedieron al atentado del 20 de

julio de 1944 que casi acaba con el dictador. Alguna vez vio al coronel Claus von Stauffenberg que colocó a los pies de Hitler el maletín con la bomba. Un subalterno obsequioso lo apartó y así se salvó la preciosa vida del Führer. Stauffenberg fue fusilado al día siguiente.

Lo más curioso de aquel hombre era la nula percepción de su influencia. Achacaba todo a la casualidad, a que lo que le comentaba a Hitler mientras le atendía se le había ocurrido antes al jefe. Los peluqueros suelen ser buenos conversadores. Pienso en el peluquero de Napoleón en Santa Elena, Navarre, al que debemos anécdotas jugosas del Emperador o en Eugenio Arias, el peluquero de Picasso, al que le unió cierta amistad y formó en Buitrago, su pueblo, un museo con los recuerdos que el genial pintor le regaló a través de los años.

Otto me aseguró que sólo opinaba cuando se lo requería su jefe y a veces leía después en los periódicos avances de Cuerpos de Ejército, operaciones envolventes o decisiones políticas que él en su simpleza había sugerido. Muchos mariscales del Reich tenían en muy baja estima militar a aquel cabo con delirios de estratega. Qué habrían dicho al saber que algunas de sus decisiones las tomaba en diálogo con su peluquero.

### **Otros peluqueros históricos**

En la Historia ha habido muchos peluqueros de Hitler, hombres de baja condición que condicionaron páginas históricas sin pretenderlo. En mis escarceos por el reinado de Fernando VII cuando preparaba hace más de treinta años la novela *Memoria secreta del hermano Leviatán*, recuerdo aquel momento en que el Rey, 1808, dudaba si acudir o no al encuentro con Napoleón en Bayona en el que habrían de renunciar al trono tanto él como su padre Carlos IV para que, al final, la corona adornase a José Bonaparte. Nadie entre los

cortesanos decidía; ni sus familiares, ni los monseñores, ni los aristócratas. El Rey dudaba. Entonces apareció Chamorro, personajillo de baja estofa, antiguo aguador de la fuente del Berro, compañero de francachelas del Rey majo, y Fernando le preguntó su opinión. Chamorro, que nada sabía de la importancia de la decisión, respondió: «Vamos a la Francia, Señor, que yo no conozco esa tierra». Y allá se fue el Rey a perder la dignidad y la corona.

Me ha dado por hacer cábalas sobre un asunto de actualidad: ¿quién habrá sido el peluquero de Hitler en la decisión de Biden de retirar las tropas norteamericanas de Afganistán? ¿Su peluquero? ¿El enfermero que le vigila la tensión? ¿Un desconocido que se le acercó en una reunión de la OTAN y en apenas medio minuto le murmuró cosas varias en un pasillo? Vaya usted a saber. A menudo el peluquero de Hitler no tiene nombre y el personaje que toma la decisión escucha algo, le interesa y lo pone en práctica.

Son numerosos los peluqueros de Hitler que exageran su influencia. No era el caso de Otto. De cierta manera todos hemos sido peluqueros de Hitler en algún momento de nuestras vidas. ¿Quién no ha creído que una opinión suya se ha tenido en cuenta en algo cuya importancia nosotros mismos exageramos?



¿Qué peluquero de Hitler había tras las decisiones de Alejandro Magno, del Gran Capitán, de Bolívar, de Churchill? ¿Quiénes creyeron influir en los poderosos mientras les recitaban poemas, les ajustaban la cota de malla o les encendían el puro? La Historia se ahorma no sólo desde una sucesión de casualidades; también es una retahíla de anécdotas que no recogen sus páginas.

Dejé a Otto ante una jarra de cerveza, apagado como las medallas de dorado sucio que conservaba en una cajita ajada allá en su buhardilla, y pensé en los «fontaneros» de nuestros políticos que a veces influyen en realidad tan poco, o tanto según se mire, como el peluquero de Hitler, aunque reconocan sus opiniones cuando los periódicos elogian a su principal.

El contrapeso de la vanidad es que el destino de los peluqueros de Hitler es el silencio. Hitler nunca contó sus diálogos con Otto en las reuniones de su Estado Mayor y los políticos asumen como propias las opiniones de sus «fontaneros». Un peluquero de Hitler locuaz es un suicida. Otto sólo habló del asunto muchos años después de que su jefe se saltase la tapa de los sesos en el búnker de Berlín. Fue discreto por si acaso. Otra prueba de su astucia. Aquel viejo se desvaneció y no supe más de él. Un tipo interesante que habita en mi cansada memoria.

\* \* \*

# El dolor despolitizado: el atentado yihadista de Murcia

Guadalupe Sánchez (*Vozpópuli*)

**U**na calurosa tarde de mediados de septiembre un coche arrolla a los clientes de un bar que disfrutaban de sus consumiciones en una terraza del barrio de Chueca de Madrid. Mueren dos personas y varias resultan heridas de diversa consideración. Uno de los fallecidos es el conductor del vehículo causante del atropello, que presentaba una herida de arma blanca. Un testigo afirma que lo escuchó recitar versos del «Mein Kampf».

Tras varios días de investigaciones, la Guardia Civil concluye en su informe que nos encontramos ante un ataque terrorista perpetrado por un radical neonazi. El día antes del atentado se había rapado la cabeza y tatuado una esvástica antes de acudir a un servicio religioso.

Ante unos hechos de tal gravedad, pueden imaginar que se montaría un enorme revuelo político y mediático. El ministro de Interior comparecería para condenar el odio que se percibe en la sociedad madrileña desde que Isabel Díaz Ayuso gobierna en coalición con la ultraderecha representada en Vox. En el plató de *Sálvame* Jorge Javier clamaría contra la homofobia de la derecha española. Pedro Sánchez convocaría de urgencia la Comisión contra los delitos de odio. Seguro que les suena, puesto que fuimos testigos de estas reacciones apenas hace unas semanas con ocasión de una denuncia por una



agresión homófoba que resultó ser falsa y cuyos visos de verosimilitud eran escasos desde el principio.

No obstante, los hechos que les he relatado al principio sí que son veraces –según se desprende de las investigaciones–, pero han tenido escasa atención mediática y nula repercusión política.

Quizás porque no acontecieron en el popular barrio de Madrid, sino en una pedanía de la localidad murciana de Torre Pacheco. Quizás porque el presunto autor no era un neonazi, sino un yihadista marroquí llegado a España años antes como un menor no acompañado. Quizás porque el testigo presencial de los hechos declaró haberlo escuchado recitar versos del Corán y el día antes del atentado se había depilado y acudido a la mezquita. Estas circunstancias parecen justificar que ya no nos encontremos ante un crimen execrable que destila odio, sino ante un acto irracional de un chiflado. Y miren que el *modus operandi* se antoja idéntico a otros acontecidos en España y Europa. Pero el mero hecho de sacarlo a la palestra te transforma en xenófobo y racista.

A la vista está que no parece merecedor ni de una mísera comparecencia del ministro de Interior ni del interés de los medios, que han pasado por la cuestión como si se tratara de una noticia de la sección de sucesos. Y a mí eso me

resulta llamativo en un país en el que se hace activismo mientras se deglute carroña. El odio que destila quien, desde el islamismo, concibe como pecados a erradicar lo que para nuestra sociedad son derechos y libertades civiles no merece luz y taquígrafos.

No me entiendan mal: ni nuestra clase dirigente, ni los tribunales ni las leyes deberían quebrar la presunción de inocencia en atención a cuestiones como el sexo, la nacionalidad o la religión del presunto autor. De igual forma, y siempre desde un escrupuloso respecto a ese derecho fundamental, nuestros medios de comunicación tampoco deberían desatender o ignorar determinados crímenes en función de esos mismos parámetros. Su obligación es informar objetivamente al margen de tales consideraciones y con el mismo grado de intensidad, al menos cuando la similitud entre los sucesos sea palmaria. La verdad factual no debería admitir omisiones, sesgos ni manipulaciones por mucho que ofenda o asuste. Pero desgraciadamente no es así. La prensa se ha sumado a las campañas de politización de la miseria inflando o desinflando el globo en función de los requerimientos del poder y al margen de la gravedad o la realidad de los hechos, contribuyendo así a que el odio, como otras tantas cosas, deje de sustentarse en datos para transformarlo en relato: el que no se cuenta, no existe.

### **Correa de transmisión**

Eso no es prensa libre, sino servil y sumisa. Es informar a ritmo de batuta, convirtiendo la información en una mera correa de transmisión de la voz de los amos. Convertir en noticia sólo aquel dolor ajeno que el partido puede parasitar o exprimir.

Una democracia sana con una sociedad civil crítica no puede permitirse que desaparezcan los políticos prudentes, pudorosos ante el crimen y las desgracias, que circunscriben su actuación a honrar y ayudar a las víctimas y a implementar medidas eficaces de prevención de la criminalidad. Pero tampoco puede asumir la extinción de la prensa independiente ni que los medios de comunicación sean asaltados por los voceros de los partidos, cuya preocupación por la verdad termina donde empiezan sus aspiraciones políticas. Yo doy gracias por poder hacerlo desde un diario libre y con la seguridad de quien sabe que el pago de la hipoteca no depende de lo «ajustado» de sus opiniones.

\* \* \*

## **Psicópatas**

**Juan Manuel de Prada** *(XL Semanal)*

**S**on muchas las películas y novelas de diverso fuste y pelaje que han popularizado la figura del psicópata, convirtiéndolo en un emblema de nuestra época; y, en ocasiones, en el héroe o antihéroe de un tiempo oscuro que, a la vez que se horroriza, se regodea en su figura, con una fascinación creciente (hasta el extremo de que, en muchas series televisivas recientes, los psicópatas se convierten en personajes diseñados para provocar la «empatía» de las audiencias cretinizadas). Por otro lado, a través de los medios de comunicación, es cada vez más frecuente tropezarnos con casos que

hielen la sangre en nuestras venas de psicópatas que perpetran los crímenes más abominables, con pasmosa frialdad, con ensañada premeditación y absoluta falta de remordimiento.

La psicopatía no es un trastorno mental (como lo es, por ejemplo, la esquizofrenia), sino un trastorno de



la personalidad que no implica necesariamente incurrir en un comportamiento criminal. A los psicópatas la psiquiatría los describe como individuos pragmáticos, manipuladores, mentirosos, egocéntricos, antisociales (pese a gozar con frecuencia de un magnetismo inne-

gable), impulsivos por naturaleza (pero en ningún caso nerviosos), carentes de empatía, irregulares en sus estados de ánimo, con una vida sexual deshilachada y deshumanizada y unas relaciones sentimentales inconsistentes que –en caso de existir– son un cúmulo de fingimientos. El psiquiatra alemán Kurt Schneider, que se dedicó a diseccionar y clasificar las diversas personalidades psicopáticas, destacó que existen psicópatas hipertímicos (es decir, eufóricos e hiperactivos), depresivos, inseguros, fanáticos, necesitados de estima, abúlicos, asténicos... Aunque el elemento unificador de su conducta sea siempre la ausencia completa de sentimiento de culpa o de remordimiento.

El análisis de los rasgos de carácter y la descripción de los modelos de conducta propios de la psicopatía nos confronta con una realidad pavorosa. ¿No son, acaso, los rasgos de carácter y los modelos de conducta que nuestra época ha consagrado? ¿No podríamos, acaso, describir a muchos de nuestros políticos y a nuestros ídolos mediáticos (los que mayor aclamación popular provocan) como individuos manipuladores, mentirosos compulsivos y ego-maniacos furibundos que disfrazan su odio al género humano con un magnetismo acaramelado? ¿No son las relaciones sexuales despersonalizadas y la falta de vínculos afectivos las propias de la era Tinder? ¿Acaso la hipertimia y la depresión, la inseguridad y el fanatismo, la abulia y la astenia, no son afecciones propias de un tiempo hipertecnologizado en el que la vida ha perdido sustancia y trascendencia? Y, sobre todo, la ausencia completa de culpa o de remordimiento ¿no se ha convertido en la característica más notoria del Homo democraticus, incapaz de hacer un discernimiento moral de sus acciones? El gran inquisidor de Dostoievski lo explicaba maravillosamente bien: «Les permitiremos pecar, ya que son débiles, y por esta concesión nos profesarán un amor infantil. Les diremos que todos los pecados se redimen si se cometen con nuestro permiso. Y ellos nos mirarán como bienhechores, al ver que nos hacemos responsables de sus pecados ante Dios».

Hasta el momento no se ha encontrado una cura para el trastorno psicopático, ni tampoco rehabilitación posible. Y, entretanto, los crímenes de naturaleza psicopática son cada vez más frecuentes. Nadie, sin embargo, se atreve a explicar las causas de su proliferación. Y tampoco nos atrevemos a explicar

las razones por las que sus crímenes sombríos nos despiertan tanta fascinación. No tenemos valor para designar la enfermedad moral que anida detrás de esa fascinación, ni la causa de la proliferación de las conductas psicopáticas, porque íntimamente sabemos que nuestra época es el vivero perfecto para este tipo de trastorno; porque íntimamente sabemos que tales monstruos –aunque nos repitan hasta la extenuación que están determinados por un código genético que los configura fatalmente– son hijos de un determinado clima social y espiritual. Y ese clima que contribuye a la floración de caracteres psicopáticos es el que promueve nuestra época, con sus nuevas formas de vida desvinculadas y artificiosas, con su abandono de Dios, con su negación de los frenos morales, con su dependencia tecnológica, con su solipismo incapaz de ver en el prójimo otra cosa que no sea un instrumento para la satisfacción de sus intereses egoístas. Los psicópatas –como el lector hipócrita de Baudelaire– son nuestros semejantes, nuestros hermanos, hijos de las fuentes envenenadas de las que todos bebemos con fruición. Hijos de un tiempo podrido que es el nuestro.

\* \* \*

## **La impactante comparación entre lo que cuesta un MENA y la ayuda que recibirán los afectados por el volcán de La Palma**

### ***Periodista Digital***

**A**ún son días de emergencia en la isla de La Palma, pero ya son cientos de familias las que lo han perdido de todo, y miles las desalojadas y que no volverán al mismo barrio, pueblo o isla que tenían: la erupción del volcán Cumbre Vieja lo ha cambiado todo.

De modo que en cuanto pase la parte grotesca y natural de la erupción, y decaiga totalmente la solidaridad, llegará el momento de la burocracia y de pedir las ayudas para estas familias.

En estas, publica *EsDiario* un reportaje con un título que genera un impacto descomunal: Un «mena» cuesta al año cuatro veces más que las ayudas previstas para el volcán.

El propio diario matiza el coste por MENA del que habla:

Cada uno de ellos, y son casi 4.000 solo en la Comunidad de Madrid, necesita un desembolso medio de 4.700 euros mensuales. No significa que vayan a su bolsillo, sino que la entidad, oenegé o asociación que los tutela y da cobijo recibe ese dinero cada mes para su manutención, con una tabla que va desde los 1.900 euros hasta los 1.700.



Solo un 7% de los menas son de origen extranjero sin papeles. El resto, en su mayoría españoles, aprovechan la oportunidad y el coste que tienen

La comparación no pretende generar un agravio, sino explicar las paradojas y lagunas de los servicios públicos. Y en buena lid, conviene insistir en que los controvertidos «menas» y su coste tienen letra pequeña: en ese epígrafe van incluidos los menores españoles también, acogidos por familias o en centros especializados, y son la mayoría.

La polémica se circunscribe al 7% de ellos que proceden del extranjero y llegaron en una situación de ilegalidad: una minoría ruidosa de apenas 300 chavales sobre el total madrileño que, sin embargo, afectan a la imagen del conjunto del colectivo, niños y adolescentes con problemas familiares que buscan una oportunidad y suelen aprovecharla.

### **Escasas ayudas para los damnificados por el volcán**

Lo que sin duda quiere denunciar el artículo de *EsDiario* es que las ayudas estipuladas para alguien que ha perdido todo lo material en su vida; casa, coche, muebles, ropa, objetos, etc. es absolutamente ínfima en comparación a la realidad:



Los afectados solo tienen aseguradas las ayudas que prevé la legislación para situaciones como la suya, muy lejanas a las pérdidas sufridas, según consigna el BOE, que cita «ayudas (...) de situaciones de emergencia o naturaleza catastrófica», de 15.120 euros por destrucción de vivienda y de otros 2.580 euros por las propiedades y objetos materiales y personales, sin más detalle.

Es decir, un palmero que haya perdido su casa, con todo dentro o en el entorno, solo puede aspirar de entrada a 17.700 euros: todo lo demás dependerá de la «generosidad» del seguro propio, del añadido del consorcio y de las partidas extra que pueda librar el Gobierno y el fondo de solidaridad europeo, tan probablemente amplias como inciertas en su plazo, ejecución y destinatarios.

\* \* \*